

LUCIA ALONSO OLLACARIZQUETA

Las minas terrestres en Africa: el terror después de la guerra

Se calcula que en la actualidad entre 85 y 100 millones de minas se hallan diseminadas por 62 países, buena parte de ellas, en el continente africano. Estos devastadores artilugios han ido sofisticándose hasta hacerse más sensibles, indiscriminados e indetectables. Se han convertido así en uno de los peores legados de las guerras. Sus efectos humanos y económicos son incalculables: poblaciones mutiladas, infraestructuras y áreas de cultivo inutilizadas, etc. Pero la comunidad internacional parece poco interesada en los estragos que las minas causan. Unos 50 países –entre ellos España– las fabrican, incluidos algunos de los signatarios de la Convención sobre Armas Inhumanas.

En los últimos meses y ante la próxima revisión de la Convención sobre Armas Inhumanas, la prensa se ha hecho eco del peligro que para el desarrollo y el medio ambiente suponen unos pequeños artefactos bélicos. Nombres como "saltamontes" o "diente de león" evocan lo reducido de su tamaño, pero su uso poco tiene que ver con palabras tan inocentes. Se esconden bajo el suelo, aterrorizan a quien sabe de su existencia y mutilan o matan a quien la desconoce. En los caracterizados como conflictos de baja intensidad son protagonistas, y cuando aquéllos terminan, ellas son su legado. Las minas terrestres, que no distinguen entre civiles y soldados, que no saben de negociaciones ni de tratados de paz, se cuentan por millones en el continente africano.

En el contexto militar, la finalidad estratégica de estas armas convencionales es detener el avance del enemigo. Hasta la Primera Guerra Mundial era un procedimiento habitual cavar túneles y pozos –minas– bajo las líneas contrarias para luego volarlos con grandes cantidades de explosivos.

Lucía Alonso Ollacarizqueta es periodista, especializada en cuestiones africanas, y miembro del Seminario de Investigación para la Paz de Zaragoza.

En la actualidad se producen unos 340 tipos distintos de minas antipersonal. Su tamaño puede ser inferior a los 15 centímetros, algunas no alcanzan los 100 gramos y los materiales con los que se fabrican –plástico, madera, etc.– hacen difícil su detección.

Los riesgos de estas operaciones y la aparición de los primeros tanques hicieron obsoleto este sistema. Así surgieron mecanismos destinados a poner fuera de combate a los nuevos vehículos: las minas contracarro. Pero estos artefactos requerían la presión de varias toneladas de peso para detonar, y por lo tanto podían ser desactivados con un mínimo riesgo para las personas. Como consecuencia, pronto aparecieron las minas antipersonal.

El funcionamiento básico de unas y otras es simple. Se trata de una caja que contiene explosivo y que bajo la presión de un cierto peso estalla. Sin embargo, si bien las minas contracarro actuales se diferencian poco de las desarrolladas durante los años 20, las minas contrapersonal se han convertido en dispositivos refinados y sutiles hasta el sadismo.

En la actualidad se producen unos 340 tipos distintos de minas antipersonal. Su tamaño puede ser inferior a los 15 centímetros, algunas no alcanzan los 100 gramos y los materiales con los que se fabrican –plástico, madera, etc.– hacen difícil su detección. Unas estallan a ras de suelo, otras contienen una carga que las eleva alrededor de dos metros antes de explotar, y las de un tercer tipo, amén del explosivo, contienen en su interior metralla, fragmentos de plástico o de cristal.

Si en un principio las minas se colocaban manualmente, ahora pueden ser lanzadas con morteros o desde helicópteros.¹ Su precio, entre 3 y 20 dólares por unidad, las convierte en armas de fácil adquisición para ejércitos de escasos recursos. Además, el objetivo de estas piezas no es tanto matar como mutilar. Estratégicamente, causa mayor conmoción en las filas de un ejército la mutilación de un soldado, al que hay que evacuar y atender, que su muerte.

Eternos guerreros

Pero las víctimas no son siempre soldados. Semanalmente, alrededor de 150 civiles padecen su agresión. Sólo en Camboya, 300 personas mueren o son mutiladas cada mes; más de 30.000 camboyanos –uno de cada 236– han sufrido la amputación de algún miembro.²

Las cifras en Africa resultan estremecedoras. Sólo en Angola y hasta 1989, se calcula que alrededor de 40.000 personas habían sido cercenadas por minas.³ En Mozambique, el número de mutilados se eleva hoy a 8.000, pero la cuantía real de los afectados se desconoce, pues muchos ni siquiera reciben atención médica. En Somalia, una de cada 650 personas ha perdido alguna extremidad.⁴

A la tragedia humana de esta merma, que condena a la víctima a la miseria, hay que añadir el desastre que supone a nivel nacional. Personas que antes podían trabajar, se convierten en una carga social.

¹ Para ampliar datos véase *Anti-personnel Weapons*, SIPRI Stockholm International Peace Research Institute, Taylor & Francis Ltd., Londres, 1978.

² "Mörder-saat im Reisfeld", *Der Spiegel*, 14/1994.

³ Christer Ahlström y Kjell-Ake Nordquist, *Las víctimas de los conflictos*, Departamento de Investigación sobre Paz y Conflictos, Universidad de Uppsala, Suecia, 1991, p. 52.

⁴ Allan Leas, "Cowards' War", *Africa Events*, septiembre 1993.

La situación sólo puede empeorar, dado que las minas terrestres se mantienen activas durante años, incluso decenios, después de haber sido sembradas.

Se calcula que en la actualidad entre 85 y 100 millones de minas se hallan diseminadas por 62 países. Uno de los más afectados es Afganistán, donde años de guerra han legado nueve millones de mecanismos, según algunos especialistas. Otros, consideran que el número se eleva a 60 millones.

En Africa, yacen entre 18 y 30 millones, según las valoraciones más optimistas. Bajo el suelo angoleño, Naciones Unidas estima que se ocultan unos 9 millones de dispositivos; para el Cuerpo de Reales Ingenieros del Ejército británico la cifra se sitúa en 20 millones.⁵ La segunda etapa de la guerra civil –tras la negativa del líder de UNITA, Jonas Savimbi, a aceptar los resultados de las elecciones el año pasado– hace prever que el número crece día a día.⁶

En Mozambique, dos millones de minas han inutilizado las vías de comunicación más importantes; otras tantas acechan bajo la tierra de Sudán; en Somalia son 1 millón y en el Sáhara Occidental oscilan entre 1 y 2 millones, según Naciones Unidas. También en Etiopía, Ruanda, Liberia y Zimbabwe los conflictos armados han dejado sus simientes.

Pero no se trata únicamente de un problema cuantitativo. Colocadas, en ocasiones, para proteger infraestructuras, se convierten al final en insuperables obstáculos para la reconstrucción. Es el caso de la presa y la central eléctrica de Cabora Bassa (Mozambique), y de sus 1.800 km. de tendido eléctrico –ahora seriamente deteriorados–, cuyos accesos fueron minados durante la guerra con más de 15.000 dispositivos.

Además, en muchos casos, la finalidad estratégica que se persigue con el emplazamiento de las minas incluye amedrentar a la población civil. Campos de cultivo, pozos de agua, playas y en algunos casos poblados son ahora lugares peligrosos.

Las consecuencias económicas son incalculables. La agricultura –junto con la minería– constituyen la base de la economía en estos países. Si las guerras degradan el medio ambiente y hacen imposible todo desarrollo agrícola duradero, la herencia de sus minas prolonga los estragos. Tierras antaño fértiles se abandonan y la población rural emigra hacia las ciudades en busca de alimentos. En 1970, el 74,5% de los habitantes de Angola vivía en zonas rurales; en 1985 apenas quedaba en el campo el 35% de la población. El número de desplazados supera los 3 millones de personas y las calles de Luanda se han convertido en el hogar de más de 70.000 niños.⁷

⁵ Scott MacLeod, "Asesinos ocultos", *El País*, 12 de diciembre de 1993.

⁶ Karl Maier, "Bitter harvest from killing fields", *The Independent*, 6 de junio de 1994.

⁷ Victoria Brittain, "Orphans of the damned", *The Guardian*, 14 de enero de 1994.

Angola, en otro tiempo autosuficiente en el abastecimiento de alimentos, se ve ahora obligada a importarlos. Cuarto productor mundial de café antes de la independencia –210.000 toneladas anuales–, ha visto sus cosechas drásticamente reducidas: 7.000 toneladas a finales de los ochenta.

El maíz, elemento fundamental en la dieta angoleña, y en su tiempo pilar de la exportación agrícola, también ha sufrido los efectos de la guerra: ha pasado de 900.000 toneladas en 1975 a 290.000 en 1986. El algodón, las patatas, el arroz y otros alimentos básicos no han tenido mejor suerte. También la ganadería se ha visto afectada. En 1973, se sacrificaban anualmente 157.000 reses; en 1985, no llegaban a 18.000.⁸

La situación en Mozambique es similar. En 1972 era el principal productor mundial de anacardos –216.000 toneladas–; en 1992, apenas alcanzó las 54.000 toneladas.⁹

Descalabro económico

En este contexto, la recuperación económica sólo será posible con el regreso de los millones de refugiados y desplazados. Durante la guerra civil, casi dos millones de personas salieron el país y buscaron refugio en los vecinos Malawi y Zimbabwe. De los 16 millones de habitantes, se calcula que más de 5 millones se han visto obligados a abandonar sus hogares. Desean volver a sus pueblos y a sus tierras, pero la amenaza de las minas constituye un serio freno.

De momento, se ha diseñado un plan de emergencia para limpiar las 28 carreteras consideradas prioritarias, lo que permitirá la repatriación. Pero el dragado de las minas en Mozambique podría durar 20 años.

Al tiempo que esta limpieza requiere, hay que sumar su exorbitante gasto. Según Naciones Unidas, un año de limpieza de minas en Mozambique puede suponerle al país un desembolso de 30 millones de dólares.¹⁰ Y es que, retirar una mina cuesta entre 300 y 1.000 dólares. Los sistemas para hacerlo son variados y van desde los más rudimentarios –y más peligrosos– que consisten en buscar la mina mediante un largo bastón, hasta métodos mecánicos en los que se utilizan vehículos especiales.

Pero el mayor problema que presenta el dragado de minas es su localización. Lanzadas desde el aire o instaladas para aterrorizar a la población civil, su situación no suele señalizarse ni marcarse en mapas. Fabricadas con materiales como el plástico o la madera, no pueden ser descubiertas por un detector de metales.¹¹ Para superar este obstáculo, se utilizan en algunos casos perros adiestrados capaces de olfatear los compuestos nítricos que contienen los explosivos. Tam-

⁸ "Angola. Financial Times Survey", *Financial Times*, 12 de mayo de 1992.

⁹ Martin Revis, "Mozambique begins to rebuild its cashew revenues", *Financial Times*, 29 de junio de 1993.

¹⁰ "Mozambique. Explosive legacy", *Southern African Economist*, abril de 1994.

¹¹ La localización de minas mediante detectores de metales es el sistema más generalizado, pero resulta ineficaz frente a las minas contrapersonal fabricadas con otro tipo de materiales.

bién se han desarrollado técnicas que utilizan aparatos capaces de "oler" explosivos.¹²

Pero estos métodos son complicados y extremadamente caros. Además, el proceso del dragado es largo y, mientras dura, los campos no se cultivan y el transporte se obstaculiza. La escasez de alimentos aumenta y el país deja de percibir los ingresos que obtendría de la agricultura y las exportaciones. Además la población ha sido en gran parte mutilada y apenas puede contribuir a la reconstrucción del país, pero necesita prótesis y cuidados médicos.

Oídos sordos

La comunidad internacional parece poco interesada por los estragos que causan las minas. Entre cinco y diez millones de estos dispositivos se siguen fabricando actualmente en el centenar de industrias públicas y privadas de unos 50 países.¹³ Entre ellas, la española Expal (Explosivos Alaveses S.A).¹⁴

Italia, Estados Unidos, Bélgica, Reino Unido, Alemania, Egipto, los países de la antigua URSS y China, son sólo algunos de los productores. Curiosamente, estos países han firmado la llamada Convención sobre Armas Inhumanas. Algunos alegan que este convenio, acordado por Naciones Unidas en 1980, es incompleto, pues no cuenta con las disposiciones necesarias para que pueda controlarse y verificarse su cumplimiento. Sin embargo, hasta ahora, apenas han tomado iniciativas para su enmienda.

La denominada Convención sobre prohibiciones o restricciones en el uso de ciertas armas convencionales que puedan considerarse excesivamente dañinas o de efectos indiscriminados es un acuerdo marco en el que pueden plasmarse resoluciones específicas en forma de protocolos.¹⁵

Tres son los que forman parte de este tratado que entró en vigor en diciembre de 1983. El Protocolo sobre armas incendiarias restringe el uso de las de este tipo. El Protocolo sobre fragmentos no detectables prohíbe el uso de armas cuya finalidad sea causar heridas mediante fragmentos que no son detectables en el cuerpo humano a través de rayos X (por ejemplo, las minas contrapersonal que contienen metralla de plástico o de cristal). El Protocolo sobre minas, trampas explosivas y otros dispositivos restringe su uso de modo que no sean utilizados contra civiles, o contra objetivos militares en los que pudieran resultar heridos los civiles de forma indiscriminada.

Este último protocolo también prohíbe su uso en zonas densamente pobladas en las que no haya combates –a no ser que estén dirigidas a un objetivo militar

*Entre cinco y
diez millones de
estos
dispositivos se
siguen
fabricando
actualmente en
el centenar de
industrias
públicas y
privadas de unos
50 países.*

¹² Rupert Pengelley, "MEDDS detecting the 'undetectable' mine", *International Defense Review*, febrero de 1993.

¹³ "Landmines: Africa's deadly legacy", *Africa Confidential*, 19 de noviembre de 1993.

¹⁴ Greenpeace, "EXPAL: La fabricación y el comercio de minas en España", abril de 1994.

¹⁵ *SIPRI Yearbook 1993*, Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), Oxford University Press, Oxford, 1993.

específico-, y también el empleo de armas especialmente "traicioneras o pérfidas". Compele además al registro de la ubicación de las zonas minadas, así como a la divulgación de dicho registro tras el cese de las hostilidades. Asimismo, prevé la cooperación internacional para dragar las minas una vez finalizados los enfrentamientos.¹⁶

Sin embargo, ninguno de los países africanos que hoy sufren la peste de estos artefactos ha ratificado la Convención sobre Armas Inhumanas.

Los detractores de este tratado alegan que está lleno de excepciones y que es de difícil aplicación. En la práctica una mina no distingue entre el pie de un soldado o el de un desplazado que vuelve a casa, entre un convoy militar o un autobús de refugiados. Son muchas las historias de exiliados mozambiqueños que salvaron la vida huyendo a Malawi y después perdieron una pierna cuando regresaban a su país.

El peligro de las minas sigue latente tras el final de combates y guerras. Los defensores de su uso abogan por dispositivos que sean más detectables o que incluyan un mecanismo de autodestrucción. Pero esto último encarecería su coste y es su bajo precio lo que las hace atractivas. Tanto es así, que han recibido el apodo de armas de los pobres.

En cuanto al registro, si han sido lanzadas desde el aire o con los modernos sistemas que dispersan 30 minas por segundo, marcar las zonas –incluso en un mapa– resulta una tarea prácticamente imposible.

Círculo vicioso

Carentes de mapas, pero plagados de minas antipersonal, países como Mozambique saben que su futuro depende ahora del dragado. "No es posible restablecer un sentido de comunidad y de seguridad sin una limpieza efectiva de minas", declaró recientemente Boutros Ghali, Secretario General de Naciones Unidas.¹⁷

La Asamblea General de la ONU parece estar de acuerdo con esta idea. Acaba de adoptar una resolución por la que incluye ese tipo de operaciones en sus programas de asistencia humanitaria, social y económica.¹⁸ Pero la medida de Naciones Unidas sólo puede paliar parte de las catastróficas consecuencias.

Además, el dragado de minas se está convirtiendo en un lucrativo negocio, precisamente para los productores. Los métodos rudimentarios requieren un personal numeroso y mucho tiempo, suponen un alto riesgo para la vida de los dragadores y son, por ende, poco efectivos. Por el contrario, los sistemas y vehículos diseñados por los propios fabricantes son caros, pero rápidos y eficaces.¹⁹

Al fin y al cabo ¿quién puede conocer sus productos mejor que ellos? Tal vez

¹⁷ Citado por Susan Ruel en "El flagelo de las minas terrestres", *Puntos de vista de las Naciones Unidas*, Naciones Unidas, Nueva York, noviembre de 1993.

¹⁸ "UN seeks global ban on landmines", *International Defense Review*, febrero de 1994.

¹⁹ Ruppert Pengeley, "South Africa hones land-mine sweeping and disposal techniques", *International Defense Review*, febrero de 1993.

por esta razón, Naciones Unidas ha decidido adjudicar un cuantioso contrato para la limpieza de 2.000 km. de carreteras en Mozambique a un consorcio formado, entre otros, por fabricantes de minas.²⁰ Según las organizaciones de ayuda humanitaria, con ello, Naciones Unidas financia de forma indirecta la investigación y el desarrollo de armas de tecnología más avanzada. Censuran enérgicamente la decisión del organismo internacional y le reprochan que puede ser interpretada como una autorización tácita al comercio de esas armas.²¹

El guiño resulta incoherente. En este momento, más de 100 organizaciones, entre las que se encuentran las agencias de ayuda humanitaria de la propia ONU, se han unido para pedir que se prohíba la fabricación y el comercio de minas. Sin embargo, una limitación de ese calibre, aunque restringiría su uso, no acabaría con el mercado. Como ha declarado Patrick Blagden, experto en dragado de minas de Naciones Unidas: "Mientras la opinión pública no rechace totalmente la utilización de minas contrapersonal, como ocurre con la de las armas químicas y nucleares, la prohibición no irá muy lejos".

Postdata: la Junta Interministerial del Comercio Exterior del Material de Defensa y Doble Uso, órgano gubernamental español, decidió denegar por un año, y con posibilidad de prórroga cualquier solicitud de minas terrestres antipersonales, según *El País* (1 de julio, 1994). La medida no afecta a la producción de minas.

²⁰ Robert Block, "Arms-makers win clearance contract in Mozambique", *The Independent*, 6 de junio de 1994.

²¹ Robert Block y Leonard Doyle, "UN aid goes to landmine makers", *The Independent*, 6 de junio de 1994.